

III. ESTATUS SOCIAL, GÉNERO, RELACIONES INTERPERSONALES Y SITUACIÓN LABORAL

3.1. ESTATUS SOCIAL Y SITUACIÓN LABORAL

El nivel económico del individuo constituye una importante variable, pues el mismo influye notablemente en las actitudes que se tomen frente al empleo y desempleo. En todo caso, la reacción que se tenga ante el desempleo no tendrá los mismos efectos en personas de clases sociales desfavorecidas, que en personas de clases sociales pudientes.

Little, en 1976, al estudiar una muestra de 100 desempleados de clase media, observó que las personas desocupadas que padecían de mayores dificultades económicas, eran más propensas a considerar el desempleo como un acontecimiento negativo. En cambio, las personas que declaraban estar en situación económica más holgada, tendían a percibir el desempleo en forma más positiva. Igualmente, el mayor nivel de deterioro psicológico lo presentaron aquellas personas de escasos recursos. (En Alvaro, 1989).

Estas diferencias de clase son aún más evidentes entre los grupos de jóvenes. Enguita (1989), refiere que, comparados con los jóvenes pertenecientes a la clase obrera, los jóvenes de clase media pueden permitirse prolongar su juventud, debido a que las presiones familiares son menores, gozando de un nivel más alto de autonomía personal, tanto en su comportamiento como en sus relaciones personales. Los jóvenes de la clase obrera, por el contrario, cuentan con menos recursos familiares, están sometidos a una autoridad paterna más tradicional y suponen una carga proporcionalmente mayor y, por tanto, indeseada para la economía y estabilidad familiar. Esto explica que el período de desocupación de los jóvenes de la clase obrera sea menor y que su introducción en el mercado laboral suela ser más inmediata que la de los jóvenes de clase media. (En Torregrosa y cols., 1989).

Por otra parte, el consiguiente deterioro del estatus y del prestigio social, causado por el desempleo, provoca un sentimiento de incapacidad personal y de autoculpabilidad que influye directamente sobre la autoestima del individuo. (Alvaro, 1989).

Para Macho, *“el estatus social no depende de lo que uno es, o incluso de lo que uno cree que es, ni siquiera de lo que uno hace, sino de lo que los demás miembros de la sociedad o grupo de pertenencia piensa que somos”*. (1993: 755). Es por ello que un nivel socioeconómico bajo es un factor potente que puede dar lugar a posibles problemas generales de salud, los cuales recaerán necesariamente en el resto de personas que integran el grupo familiar.

Thabet y Vostanis, al trabajar sobre una muestra de 237 niños, concluyen que los niños de bajo nivel social suelen expresar síntomas elevados de ansiedad y pensamientos negativos, los cuales pueden aumentar conforme a la edad del sujeto, siendo significativamente más alta su incidencia en las niñas. (1998: 439-442). Además, el estatus social puede ser considerado como un factor poderosamente influyente a la hora de sufrir trastornos de carácter mental. Hauenstein y Boyd, realizan un estudio en el que comparan los síntomas depresivos entre grupos de mujeres del medio urbano y mujeres del medio rural. Establecen que el perfil presentado por aquellos sujetos con sintomatología depresiva, está caracterizado por ser muy joven, encontrarse en situación de desempleo y poseer un bajo nivel académico. En efecto, en su investigación determinaron que las mujeres con menores recursos académicos y económicos presentaban los síntomas propios de la depresión. Los autores concluyen que, en este sentido, los profesionales de la salud pueden predecir el riesgo de depresión en la mujer, al considerar su edad, su nivel educativo y su situación laboral. (1994:105-123).

Rodgers, observa que las manifestaciones de carácter neurótico son más frecuentes en hombres de bajo nivel socio-económico, siendo más frecuente en desempleados. (1991: 104-114). Elofsson y cols., estudiando una muestra de 8.200 sujetos habitantes de la ciudad de

Estocolmo, pudieron observar que los grupos que describían una situación de precariedad económica fuerte (estudiantes, desempleados, extranjeros y madres sin pareja), percibían un peor estado de salud, manifestando un mayor grado de dolores generales y una presencia más alta de enfermedades crónicas. (1998: 1375-1380).

Por otra parte, se ha demostrado que condiciones socioeconómicas pobres durante la infancia y un bajo nivel de instrucción, se encuentran directamente asociados con un elevado riesgo al desempleo. Bynner considera que los hombres desempleados tienden a presentar una cierta inclinación a autodefinirse como personas no capacitadas o diestras, y poco calificadas en lo que se refiere a procesos de cálculo, organización y contabilidad. (1997: 305-321).

Kirchgassler, también considera que existe una íntima relación entre estatus social y estado de salud, demostrando que los grupos de más alto riesgo a presentar problemas de salud, son aquellos que se encuentran desocupados o que reciben ayudas económicas de subsidio. (1990: 249-256). Zlotnick y Cassanego, asocian la pobreza y el estatus de desempleo con la posibilidad de enfermarse más rápidamente. Para estos autores, la situación de pobreza desencadena un conjunto de hechos relacionados entre sí, los cuales facilitan la mala salud del sujeto: pérdida del trabajo, pérdida del seguro social, aumento del consumo de sustancias tóxicas. (1992: 78-82). Por último, la presencia de un bajo nivel de instrucción asociado a la desocupación, incrementa doblemente la posibilidad de desarrollar hábitos nutricionales pobres (Rogers y cols., 1995: 159.164).

En un estudio realizado por autores norteamericanos, se analizaron las características sociodemográficas de una muestra de 974 mujeres sin hogar, de la ciudad de Los Angeles, entre 15 y 44 años de edad, demostrándose una gran presencia de pobreza y desempleo (87%). Estos autores demuestran igualmente, que dichas mujeres presentaban altas posibilidades de padecer enfermedades, sufrir agresiones físicas o sexuales, y presentar un alto índice de

embarazos cuyos nacimientos presentaban, a su vez, un deficiente estado de salud. (Gelberg y cols., 1999: 16: 150-151).

Caso totalmente distinto es el de las mujeres que gozan de bienestar económico, que disponen de un empleo e ingresos económicos altos, y que tienen un nivel de instrucción medio o superior, pues, según estudios realizados, se logró demostrar que, estando en edad fértil óptima, éstas presentaban condiciones altamente favorables para la maternidad. (Savitz y cols., 1990: 933-945).

Por último, aunque sin profundizar mucho en ello, se presenta la problemática de la relación existente entre indigencia y desempleo. Se considera que la indigencia se encuentra directamente asociada con la desocupación y con un deficiente estado de salud mental (Gupta, 1995: 33-42). En efecto, se trata, por lo general, de un grupo de individuos que carecen de incentivos y medios para iniciar un proceso activo de búsqueda de empleo. (Wenzel, 1992: 57-71). A esta situación se suma, el problema del desempleo a largo plazo. Ambos factores, indigencia y desempleo a largo plazo, han sido identificados como un factor estresante crónico, que deteriora la salud y bienestar del sujeto afectado y de sus familiares. (Weiss, 1997: 2756).

3.2. SITUACIÓN LABORAL Y DIFERENCIAS DE GÉNERO

La tendencia general es que tiendan a presentarse con mayor frecuencia, síntomas depresivos entre varones desempleados que entre mujeres. Según los resultados arrojados por un trabajo realizado recientemente, el varón desempleado de 30 a 39 años presentaba una más baja calidad de vida y manifestaba una sintomatología depresiva y ansiosa más grave que la de la mujer. (Ytterdahl, T. y Fugelli, P., 2000: 1308-1311).

En una investigación realizada por Winefield y cols., sobre una muestra de 554 sujetos, se determinó que los varones valoraban de manera más negativa el desempleo que el desarrollo de un empleo poco satisfactorio; mientras que, en el caso de las mujeres, ocurría lo contrario, pues éstas, consideraban como más negativa la situación de empleo precario que la de desempleo. (1991: 473-483).

Stronks y cols., observaron en un estudio que el deterioro de la salud es más leve entre las mujeres desocupadas que entre los hombres. (1995: 559, 568).

En lo que se refiere a la búsqueda activa de empleo, Malen y Stroh, al estudiar sujetos de ambos sexos, apreciaron que las mujeres muestran menor eficacia que los hombres, ya que por lo general, necesitan de la ayuda de su círculo de amistades y conocidos para la obtención de un empleo; por ello, les sugieren a los profesionales de las ciencias sociales, que tengan en cuenta este hallazgo y que desarrollen programas de ayudas encaminados a orientar a las personas que buscan un empleo a aplicar conductas y habilidades de búsqueda más apropiadas. (1998: 26-39).

Una investigación efectuada en Israel, sobre una muestra de 613 personas desempleadas, comprendidas entre edades de 21 a 60 años, se observó que tanto el sexo como la edad daban lugar a efectos significativos. Con ella se demostró que las mujeres tendían a rechazar más rápidamente los empleos en base a los siguientes criterios: el tipo de condiciones requeridas para la realización de los mismos, la base de la satisfacción en el trabajo y las obligaciones familiares. Los hombres, por su parte, tendían a consagrar más tiempo durante la semana a la búsqueda de trabajo. Se expone que dichas diferencias pueden ser explicadas por el rol que corresponde a cada uno de los géneros. (Kulik, 2000: 85-104).

Igualmente se presentan diferencias significativas en cuanto a la edad: así, se observa que los desempleados de mediana edad dedican más tiempo a la búsqueda de empleo que los desempleados más jóvenes; los jóvenes desempleados consagran más su tiempo libre a sí

mismos, logrando así una deterioración menor de su estado de salud como resultado de los efectos del desempleo; por último, se verifica que los jóvenes desempleados tienden a creer que los demás miembros del grupo social le pierden el respeto a la persona que ha perdido su empleo. (Ibid.).

Según Cerruti, el género y la edad constituyen dos factores determinantes para que un individuo pueda o no ser reinsertado al mercado laboral. Y, por su parte, los efectos psicológicos que la pérdida del empleo puede causar en los varones pueden ser devastadores, debido al papel que socialmente se les atribuye, en tanto cabeza de familia. (Consultado el 30/07/2006).

Novo y cols., realizaron una investigación en la que analizaron las variaciones en el estado de salud de personas jóvenes desempleadas, en época de bonanza y en época de crisis socioeconómica. La muestra de sujetos estudiados estuvo constituida, para 1986 (época de bonanza), por 1083 sujetos; y, para 1994 (época de recesión), por 898 sujetos. Los resultados establecieron que, al comparar ambos períodos socioeconómicos, no se presentaba diferencia alguna en la expresión de sintomatología somática y psicológica de los sujetos desempleados por largo tiempo; a excepción de los sujetos de género masculino, quienes presentaban una sintomatología psicológica menor en época de recesión socio-económica. (2000: 25-29).

Al año siguiente, los mismos autores realizaron una investigación con las mismas muestras; pudiendo apreciar que tanto varones como mujeres jóvenes registraban una mayor sintomatología somática y psicológica de malestar, en época de crisis socioeconómica: a excepción de los varones, en los que la expresión de deterioro psicológico era de la misma magnitud durante ambos períodos. Igualmente en época de recesión, se observa un alto deterioro de la salud psicológica de los jóvenes estudiantes, tanto de varones como de hembras. (Novo, y cols, 2001: 293 303).

Según un estudio aplicado en Finlandia por Saarento y cols., en el que se compara también ambos sexos, los varones jóvenes desempleados, solteros, que viven solos o con los padres presentan un mayor índice de probabilidad de hacer uso de los servicios psiquiátricos. Los varones predominan en la manifestación de los trastornos psicóticos orgánicos, en los trastornos de personalidad y consumo de sustancias mientras que, las mujeres presentan mayor índice de presentar trastornos de origen neurótico. (2000: 205-212). Por otra parte, las mujeres jóvenes experimentan el desempleo con señales más frecuentes baja autoestima y depresión que los hombres jóvenes. (Kleinova, 2000: 45-56).

Sin embargo, el mayor problema se presenta en el caso de mujeres mayores de 50 años, pues el alcance y la severidad de las reacciones que se producen como consecuencia de la pérdida del empleo y de la habilidad para encontrar un nuevo trabajo, son muy variables y están influenciados por variables medioambientales (tales como la naturaleza del mercado laboral y la discriminación por la edad), demográficas y por factores de la personalidad. En todo caso, las mujeres solteras y aquellas que venían ocupando puestos de trabajo de bajos ingresos económicos, son las que presentan una mayor probabilidad de sufrir daños psicológicos severos. Finalmente, las probabilidades de conseguir un nuevo empleo dependerán de las características concretas de la personalidad, de sus habilidades para la búsqueda de empleo y de la aceptación de puestos de trabajo con menos sueldo, menos beneficio y menos seguridad. (Gilberto, 1997: 1919).

En cuanto a las diferencias existentes por género referidas a la manifestación de dolencias psicológicas o emocionales, la tendencia más fuerte es que ésta sea más elevada en personas de género femenino.

Ensminger y Celentano, sin embargo, al examinar el impacto que tiene el desempleo en el padecimiento de dolor psicológico o emocional, concluyen que no existen diferencias significativas entre hombres y mujeres; y, al igual que Cerruti, opinan que las diferencias

existentes se basan en el papel tradicional de asignación de roles: el papel de trabajo y sustento de la familia para el hombre y el papel de cuidado para la mujer. Igualmente, estimaron que existe un conjunto de variables que marcan los resultados obtenidos: se trata de las circunstancias familiares, de grado de preocupación y cuidado de los hijos y de la familia, del apoyo social recibido, de la integración social y del tipo de actividad laboral que se desempeña. (1999: 469-477).

En efecto, al estudiar la sintomatología ansiosa en hombres y mujeres, y su relación con el apoyo social, Hammer comprobó que la presencia de éste lograba moderar a aquélla en las mujeres, pero que su efecto resultaba ausente en personas de género masculino. (1993: 407-420). Otras investigaciones demuestran que el riesgo de padecer depresión es más alto para las mujeres que para los hombres. Anthony y Petronis, demuestran que además, éste se incrementa en el caso de personas divorciadas o separadas (1991: 123-132). Smari y cols., plantean que la presencia de una alta incidencia de dolor psicológico en las mujeres, se debe a que, para ellas, la pérdida de empleo, se traduce en una anulación de la función o rol social que desempeñan. Mientras que, la sintomatología ansiosa-depresiva en los hombres, respondía a la anulación o pérdida de su funcionalidad laboral (1997: 151-156).

3.3. RELACIONES INTERPERSONALES Y SITUACIÓN LABORAL

Se ha dicho que la pérdida involuntaria del trabajo constituye un suceso importante, que marca la vida de cualquier trabajador. De modo que no se trata de un fenómeno encapsulado y reducido a lo mínimo, sino que se trata de un evento que repercute en múltiples esferas. Igualmente, la situación de inseguridad en el trabajo se considera como un factor generador de estrés y que empobrece o disminuye el bienestar mental y físico. (De Witte,

1999: 155-177). Ingle, por ejemplo, sostiene que la mayoría de la gente empleada puede cambiar de trabajo de seis a nueve veces a lo largo de sus vidas activas. (1999: 0976).

Los fenómenos que la situación laboral es capaz de provocar en la vida del individuo, repercuten tanto en el ámbito personal, como en el ámbito familiar y social de éste. Se tratan de entornos muy cercanos en la vida de una persona y en los que tiene lugar una serie de procesos psicosociales que se manifiestan de diversas maneras, a través de la comparación social, la restricción de la disonancia cognitiva, y el rol del individuo. Estos procesos se expresan por medio de conductas que pueden presentar altos niveles de tensión, verbalizando una situación de desesperanza, de incertidumbre acerca del futuro, de menor satisfacción por los placeres de que antes disfrutaba la persona y que, finalmente, se traducen en una disminución de la calidad de vida.

La reacción de cada persona frente a una situación de desempleo puede ser muy variada y depende de su grado de vulnerabilidad. Mientras que en unos el desempleo generará una pérdida de la autoestima, para otros supondrá una prueba en la que se debe mantener y salvar la autoestima como mecanismo o respuesta defensiva, para no decaer y conseguir un puesto de trabajo en el que la persona pueda sentirse más eficaz.

En efecto, una autoestima en alza le permitirá al sujeto la posibilidad de encontrar un empleo, pues constituye una variable que puede predisponer al sujeto frente a la dificultad que representa dicha actividad o a la flexibilidad que éste pueda tener para aceptar empleos con un menor nivel de retribución económica, según su formación académica o profesional. (Boas, 1986: 61-72). Los sujetos con un nivel aceptable de autoestima, alto nivel académico o larga experiencia profesional y períodos más cortos de desempleo, serán aquellos que dispondrán de altas probabilidades para ser empleados de nuevo. (Creed, 1999: 81-93).

También se ha visto que la situación de desempleo o inactividad laboral representa un potencial generador de problemas de carácter familiar y social, provocando tensiones

psicológicas y emocionales (disminución de contactos sociales, pérdida de rol social, baja autoestima, reducción del estatus y pérdidas financieras).

Los procesos psico-sociológicos que pueden originarse debido al desempleo o a la búsqueda de empleo, son bastante variados y difieren según la forma como el sujeto perciba la situación. En todo caso, durante la fase de búsqueda de empleo, se constatan ciertas fluctuaciones emocionales que pueden ser positivas o negativas y, precisamente, son estas últimas las que tienen poder para reducir la autoestima.

Según Payne, la experiencia psicológica del desempleado se encuentra condicionada por variables ambientales y por los rasgos de la personalidad del sujeto. (1988: 129-138). Ytterdahl, también observa que la situación de desempleo genera emociones altamente negativas en el individuo, que pueden ir desde la disminución o pérdida de autoestima hasta el desarrollo de sentimientos defensivos para disimular la angustia. (1999: 39-39). Por lo general, los desempleados presentan un nivel más pobre de actividad, en comparación con los sujetos empleados (Jackson, 1999: 46-60). Además, tienden a mostrar desconfianza hacia el gobierno o hacia el personal que desarrolla sus actividades profesionales en la Administración Pública, y en ocasiones, desconfían de todas las personas en general. (Plunkett, 1995, 2024). Así lo comprueba también la investigación de Ronald y cols., quienes lograron también demostrar que el desempleo origina un sentimiento de depresión y ansiedad bastante fuerte (1987: 51-59).

Los sujetos empleados, por su parte, presentan un nivel más alto de calidad de vida que los desempleados (Eggleton y cols., 1999: 95-117). Sin embargo, no ha de olvidarse la conclusión a la que llegan Cullen y cols., en cuya investigación se advierte sobre la importancia de la *calidad de vida laboral* y se demuestra que, aquellos empleados sometidos a condiciones de trabajo estresantes o que realizan trabajos que exigen de un intenso ritmo laboral, están más propensos a desarrollar enfermedades cardiovasculares. (1987: 6-7).

Igualmente resultan importantes para el bienestar mental del trabajador, las oportunidades que éste tenga de desarrollar plenamente sus habilidades en su puesto de empleo, de sentirse parte importante de su ambiente de trabajo y de adaptarse a éste. Así, a medida que se incrementan carencias y conflictos en el ambiente laboral, el bienestar físico y mental del individuo disminuye. (Ibíd.: 8-10). Según las conclusiones obtenidas por Cullen y cols., la satisfacción laboral dependerá, pues, de la estabilidad laboral y organizacional que ofrezca el puesto de empleo al individuo que lo ocupe. (Ibíd.: 20-23).

Por otra parte, es necesario tener igualmente presente el hecho de que, la introducción de nuevas tecnologías, también acarrearán fuertes impactos en la vida de los trabajadores: siendo que las mismas provocarán la exclusión de algunos de sus puestos de empleo, debido a su incapacidad para el manejo de las mismas; y, sobre otros, existirá la amenaza de que se agrave su estado de salud, pues dependiendo de su adaptación a éstas, disminuirá o aumentará su valor en la empresa. Cullen y sus colaboradores ilustran esta afirmación al citar, en su investigación, un estudio realizado sobre introducción de nuevas tecnologías de informática en una empresa; entre cuyos hallazgos destacan los siguientes efectos: tendencia a fumar, a consumir bebidas alcohólicas, a enfocarse en los eventos negativos de la vida, a experimentar menos de satisfacción laboral, a mostrarse más cansados después del trabajo, a mostrarse más inconformes con el ambiente de trabajo y consigo mismos, sufrimiento psicofisiológicos y psicológicos, presencia significativa de enfermedades crónicas, lo que los obligó a recurrir con mayor frecuencia al servicio de salud ofrecido por la empresa. (Ibíd.: 27-29).

En todo caso y en base a la bibliografía existente, pareciera el deterioro de la salud mental del individuo estuviere más relacionada con el desempleo.

En el trabajo realizado por Briggs y cols., se demostró que en el caso de los desempleados, se producía un aumento del aislamiento y un deterioro de la vida social, debido

a la falta de ingresos con los cuales cubrir la realización de sus actividades sociales normales, sobre todo en el caso de los hombres. (1987: 29-30).

De hecho, en casi todas las investigaciones se habla de ciertas etapas emocionales o anímicas que el individuo atraviesa al quedarse sin empleo, y que podrían resumirse así:

En primer lugar se presenta una fase de negación y aislamiento, la cual, se presenta con más fuerza en aquellos trabajadores que no recibieron ninguna advertencia sobre la pérdida de su empleo y ocuparon durante largo tiempo el mismo puesto de trabajo. Durante esta etapa, una persona puede no ser muy locuaz sobre sus sentimientos y emociones y es posible que pase mucho tiempo a solas.

En segundo lugar se presenta un período de enojo o culpa. Este enojo o culpa puede estar dirigido hacia el exterior, por ejemplo, a la gerencia, la organización, el supervisor inmediato, el sindicato, la competencia del exterior, los empleados extranjeros y posiblemente incluso a vecinos, familiares o amigos. Pero también, el enojo y la culpa pueden estar dirigidos hacia adentro, por ejemplo: "Si hubiera terminado mi carrera... o trabajado más...".

Luego el individuo entra en la fase de depresión propiamente dicha. El enojo que se canaliza internamente es utilizado a menudo por los psicólogos para definir la depresión. Los sentimientos de inferioridad, baja autoestima, retraimiento y una tristeza abrumadora son sólo algunos de los síntomas que pueden durar semanas o meses después de la pérdida de un empleo.

Eventualmente, la persona desempleada comienza a concentrarse en el presente y en su situación actual. El individuo entra en la fase de aceptación y autoanálisis. El sentimiento de "superemos esto" aparece. Durante esta etapa, el pensamiento se hace más objetivo y positivo. La persona cree que sí va a poder conseguir un trabajo.

De resultar negativa esta búsqueda de un nuevo empleo, la persona comienza a sentir ansiedad y pesimismo. En efecto, al percatarse de que la búsqueda de un nuevo trabajo se

convierte en una tarea difícil y, en ocasiones, prácticamente imposible, el sujeto recae en el pesimismo y manifiesta una gran ansiedad que se manifiesta de distintas formas: ya sea presentando enfermedades físicas, o bien recayendo en la depresión y desarrollando un gran fatalismo. Más tarde, dejan de buscar trabajo, por miedo al rechazo y a sufrir una nueva desilusión. Se instala la desesperanza, surgen los autoreproches y las repercusiones psicosomáticas. La persona desempleada siente vergüenza de mostrarse y aísla del resto del grupo social. A esto se añade el sentimiento de incertidumbre respecto de su subsistencia y la de su familia. Los conflictos internos del individuo se proyectan sobre los miembros del grupo familiar.

Por último se habla del sentimiento de humillación que afecta al individuo. Ciertamente, la situación de desempleo genera, inevitablemente, una situación de pobreza material. El sujeto debe enfrentarse a situaciones humillantes que van, desde verse obligado a desempeñar un empleo precario para poder obtener sus medios de subsistencia, hasta pedir dinero prestado y eludir los pagos; o, peor aún, llegar a estados de mendicidad, indigencia o delincuencia (robos, tráfico de drogas, entre otros).

Es por esto que, para hacer frente a una situación laboral crítica, es importante el apoyo que el individuo reciba de su entorno o red social.

3.3.1. APOYO SOCIAL

Trassera define el apoyo emocional como *“la información consistente en hacer saber a una persona que se le valora, aprecia y acepta por sí misma, a pesar de que pueda encontrarse en dificultades y cometer errores”* (En Ortega y Monasterio, 1993, 432). Igualmente, considera que el apoyo social implica una serie de cuestiones, entre ellas incluye: el número de contactos sociales, el número de amistades y familiares, la frecuencia de

contacto con ellos, la pertenencia a organizaciones, la integración de grupo, la calidad de las relaciones, así como el grado de integración y participación social. (Ibíd.: 421-447).

En efecto, compartir las experiencias o los problemas de la cotidianidad, intercambiar impresiones y sentimientos, apacigua la angustia, reduciendo la ansiedad y haciendo posible que la persona se sienta relativamente estable en el tiempo y el espacio. El apoyo social y la persona o el grupo que lo presta revisten una gran importancia, de modo que, frente a una crisis o enfermedad que afecten la actividad laboral de cualquier individuo, tendrán gran valor la comprensión y las actitudes alentadoras que provengan de los propios compañeros de trabajo y, muy especialmente de los superiores jerárquicos. (Ibíd.).

Stanfeld y cols., llegaron a la conclusión de que el apoyo social representa un factor *amortiguante*, contra el riesgo de padecer algún tipo de desequilibrio o trastorno mental frente a situaciones estresantes. (1991: 157-167). Así mismo, observaron que las proporciones de desorden psiquiátrico eran más altas en personas divorciadas y viudas; y que los hombres sin contacto social, presentaban más altas posibilidades de riesgo que aquellos que contaban con un círculo social más amplio. (Ibíd.). Según Goleman, contar con personas en quienes confiar y con las cuales poder hablar y encontrar consuelo, ayuda y consejo, protege del impacto que pueden causar los traumas y contratiempos de la vida (1998: 97).

Jackson advierte sobre las ventajas de dedicar el tiempo de desocupación al mundo académico o a formaciones de mejoramiento profesional, ya que esto amortigua parcialmente las consecuencias psicológicas negativas que puede provocar el desempleo, sobre todo si las oportunidades de conseguir un puesto de trabajo son escasas. (1999: 49-60).

Lo importante consiste, pues, en saber que si el sujeto cuenta con una red social amplia y sólida, sobre la cual apoyarse, presentará mayores oportunidades de inserción o reinserción laboral. De esta manera, el apoyo social se convierte en un factor moderador en el enfrentamiento del sujeto con sucesos estresantes. Shams considera que los efectos del mismo

serán positivos, si el apoyo se ofrece inmediatamente después de que se produce la pérdida del empleo (1993: 175-186). En cambio, un apoyo social insuficiente, sumado a una situación económica de pobreza, necesariamente agravará la salud mental del desempleado. (Viinamaeki y cols., 1993: 195-201).

Kieselbach considera oportuno indicar que los efectos negativos del desempleo se ven amortiguados por el apoyo social, puesto que la persona se siente parte de un grupo de referencia, valorado de forma positiva. (1989: 97-112). Así pues, el impacto de las respuestas negativas que se producen como consecuencia de la inactividad, y que afectan tanto el bienestar psicológico como físico del individuo, se verá moderado por el apoyo social, pues este le permitirá al individuo desarrollar un conjunto de conductas de adaptación a la circunstancia del desempleo, proporcionándole recursos, ayudándolo a redefinir la situación perjudicial de una forma más positiva y reforzando su habilidad de enfrentamiento.

Álvaro Estramiana, plantea en su tesis doctoral la hipótesis de que las personas desempleadas que declaran sentirse apoyadas por la familia y los amigos, presentan un menor nivel de deterioro psicológico, sintiéndose menos deprimidas y más satisfechas ante la vida. La conclusión es que, efectivamente, existe un mayor nivel de deterioro en el bienestar de los desempleados que disponen de un menor grado de apoyo social. (1989: 89).

Lackovic y cols., estiman que, en el caso de los jóvenes recién graduados en la universidad, el apoyo social de los padres y de los compañeros está asociado con una autoestima más alta. (1996: 701-707). Rife y Belcher, notaron que el apoyo social y los mensajes proporcionados por los amigos, suelen ser más positivos que el que brindan los familiares. (1993: 98-107).

Otro elemento importante del apoyo social, resulta ser la situación familiar de la persona. En efecto, los sujetos desempleados en situación de divorcio o separados, presentan un riesgo mayor de padecer depresión (Price, 1992: 9-11, Jones-Webb y Snowden, 1993: 240-

244). No obstante, el apoyo social se ha de considerar en todos sus aspectos. Vinokur, Price y Caplan, relacionaron las variables de desempleo, tensión financiera, depresión y nivel de satisfacción de la pareja y hallaron que la tensión financiera, como consecuencia directa del desempleo, daba lugar a efectos significativos en la manifestación de síntomas depresivos y a que la pareja retirase el apoyo social, aumentando aún más la situación de angustia de la persona que sufría los efectos de la inactividad. (1996: 166-179).

Aplicando una investigación parecida a la anterior, Roberts y cols., estudiaron una muestra de 6987 sujetos (689 de los cuales estaban desempleados). En ella se determinó que, en general, existe una relación entre el desempleo y un nivel de calidad pobre de apoyo social, lo cual ayuda a explicar los bajos niveles de salud mental y los altos niveles de morbilidad y mortandad existentes en este grupo de sujetos. (1997: 41-45).

En sentido contrario al apoyo, se encuentra el ataque social, el cual tiene efectos netamente perjudiciales en los procesos psicológicos, y precipitan el deterioro mental de la persona desempleada. Vinokur y Van Ryn demostraron que el apoyo social y el ataque social tienen impactos diferentes en la salud mental del sujeto. De esta manera, el ataque social tiene un importante contenido adverso mientras que el apoyo social presenta efectos beneficiosos para la salud mental. En otras palabras, cuanto mayor sea el nivel de dificultades económicas, mayor será el deterioro de las relaciones intrafamiliares y sociales. La presión social que recibe la persona desempleada por parte de su familia y su entorno, para conseguir un empleo, se incrementa conforme aumenta el deterioro económico. (1993: 350-359).

3.3.2. SITUACIÓN LABORAL Y FAMILIA

Como resultado de la inestabilidad económica derivada de la situación laboral, aparecen sentimientos de incertidumbre que favorecen los llamados efectos de "reacción en

cadena" dentro del seno familiar. (Voydanoff y Majka, 1988: 88). En todo caso, la tensión generada en el entorno familiar como consecuencia de una situación de desempleo, es mediatizada por las dificultades económico-financieras de dicho grupo. (Mallinckrodt y Fretz, 1988: 281-286; Broman y cols., 1990: 643-659).

Jackson y Walsh apuntan que la tensión familiar producida tras la aparición del desempleo parece ser más acusada cuando afecta a personas con un bajo estatus ocupacional y con un período de desempleo superior a los seis meses. (1987: 125-127). Sin embargo, aunque el desempleo puede constituir un factor importante de desestabilización familiar, el aumento de los problemas y tensiones en la familia no debe ser considerado como una consecuencia directa del mismo, sino más bien como un factor que acentúa el tipo de relaciones ya existentes. (Ibíd.).

En efecto, el desempleo puede provocar situaciones que agravan, empeoran o desmantelan los niveles de relación interpersonal existentes entre los miembros de una familia en la que, con anterioridad, se venían presentando relaciones alteradas o deterioradas. (García Rodríguez, 1992: 92).

La pérdida del empleo provoca discordia en las costumbres familiares; se produce un intercambio en el rol ejercido por los varones quines, en nuestra sociedad, tienden a ejercer el rol de cabeza de familia y, al enfrentarse al desempleo, no siempre aceptan su situación con facilidad; por otra parte, la pérdida del ingreso económico implica una restricción material que puede dar pie a conflictos matrimoniales. (Lobo y Watkins, 1995: 103-113).

Al analizar los efectos y las consecuencias del desempleo en el estatus del cabeza de familia de una muestra constituida por 59 familias, Komarosky pudo destacar que la pérdida de ingresos conlleva una pérdida de estatus, así como al debilitamiento en el ejercicio de la autoridad a través de lo económico como fuente de poder. Además, porque para ejercer la autoridad se requieren períodos de distanciamiento y, en el caso de que el jefe de familia se

encuentre inoculado, aquella decae inevitablemente, debido a la continua presencia de éste en el hogar, durante un espacio de tiempo mayor, lo que a su vez facilita el origen de situaciones conflictivas. Finalmente, el autor destaca que esta situación provoca que se originen conductas orientadas a la recuperación del control, a través de la manifestación de una autoridad enfatizada, una hipersensibilidad ante cualquier deterioro de la misma y una negación del apoyo de la mujer, como forma de salvaguardar el estatus de jefe de familia. (1940: 81-123).

Wheelock, entrevistó a 30 parejas en el Reino Unido, dentro de las cuales el hombre estaba desempleado y la mujer trabajaba. El autor pudo apreciar que existía un marcado cambio hacia una división menos tradicional en el desarrollo de las tareas domésticas, lo cual daba lugar a la presencia de conflictos de motivación. (1990: 221-236).

Flanagan, describe los tipos de interacciones que se establecen entre la situación laboral de los padres, el grado de integración familiar y la relación del adolescente con la familia; detallando que los adolescentes presentaban niveles más altos de conflictividad cuando sus padres se encontraban desempleados. (1990: 163-177). Por su parte, Christoffersen indica que los padres que son despedidos de sus puestos de trabajo, presentan una mayor probabilidad de mantener conflictos con sus hijos. (1998: 41-54).

3.4. CONSIDERACIONES FINALES

Es indiscutible la importancia que puede jugar la situación socioeconómica del individuo y el estatus social en la reacción que se tenga ante una situación de desempleo. En efecto, se observa que el mismo afecta más gravemente a aquellas personas que padecen dificultades económicas, las cuales tienden a presentar sentimientos altamente negativos ya que el empleo es la herramienta de la que disponen para ocupar un lugar dentro de su grupo

social. Según diversos estudios, el estatus social puede ser considerado, además, como un factor poderosamente influyente a la hora de sufrir trastornos de carácter mental y un estado de salud precario. El estatus socioeconómico del individuo puede determinar además una situación de desocupación y, en casos extremos, de indigencia.

En cuanto a las diferencias de género, se destaca el papel que, en la sociedad occidental desempeña el hombre, como jefe de familia y principal responsable de la obtención de ingresos, como determinante de la respuesta que un individuo puede dar frente a una situación de desempleo, la cual, por lo general, tiende a relacionarse con un alto grado de estrés y depresión. Sin embargo, también produce sus efectos en las personas de sexo femenino, quienes, al verse privadas de su empleo, se sienten desplazadas o anuladas en el plano profesional y de utilidad social. En lo que se refiere a la inserción o reinserción del individuo desempleado al mercado laboral, la tendencia es que las mujeres se hallen en mayor dificultad, siendo la edad una variable que suma a las posibilidades de que el individuo encuentre o no trabajo. Diferentes estudios demuestran que el daño psicológico tiende a ser mayor en individuos del sexo masculino y que, en el sexo femenino, los desórdenes de este tipo tienden a presentarse a medida que aumenta la edad.

Al género del sujeto se suman variables relacionadas con la situación familiar: si éste se encuentra soltero; si vive solo, con sus padres o en pareja; o si está atravesando por una crisis familiar; de modo que el apoyo social es fundamental para amortiguar la severidad de los efectos que sobre la salud pueda ocasionar la desocupación. La autoestima también juega un papel importante en una situación de desempleo, aunque la respuesta de cada sujeto puede ser muy variada y depende de su grado de vulnerabilidad. Los sentimientos de depresión y angustia tienden a manifestarse contra el grupo social que rodea al individuo, pues la persona desempleada, tiende a aislarse del resto de la sociedad, viéndose incapacitado para interactuar de forma sana, debido al sentimiento de humillación que, en última instancia, lo invade.

IV. LA SITUACIÓN LABORAL Y EL BIENESTAR FÍSICO Y MENTAL

La mayoría de las investigaciones consultadas en cuanto al tema del empleo, desempleo y la relación de éstos con la salud, son de carácter transversal, con lo cual resulta bastante difícil obtener una conclusión definitiva y segura sobre la incidencia de los mismos en la manifestación de consecuencias patológicas o de un precario estado de salud, pues, estos estudios se enfocan en una parte del tiempo, de modo que habría que tomarse en consideración el estado de salud que previamente tenía el sujeto evaluado. (Dawson-Saunders, B. y Trapp, R., 1998: 7-21). Y es que realizar un seguimiento riguroso de tipo longitudinal o estudio de cohorte, a fin de seguir el curso de los padecimientos que sobre la salud experimenta el individuo que ha perdido su empleo, o aquél que desarrolla su actividad laboral bajo condiciones precarias, demandaría de un largo período de tiempo. Por otra parte, se haría necesario examinar un número muy grande de pacientes, lo que aumentaría los costos de la investigación. (Ibid.: 19).

Una vez más es posible adelantar que la manifestación de síntomas patológicos puede ser muy variable, y que todo depende del grado de vulnerabilidad y de la personalidad de base del sujeto estudiado. No obstante, puede vislumbrarse que entre situación laboral (sea que se trate de bajas niveles de calidad de vida laboral o de desempleo) y salud existe una relación significativa. Existen artículos que evidencian la relación entre ambas variables.

Warr y Jackson, encontraron que los sujetos de mediana edad desempleados presentaban un índice mayor de estrés debido a la presión financiera, en relación con los niveles de ingresos y la obligación para con las personas que dependían económicamente de ellos. Así mismo, estos autores observaron que estos sujetos presentaban un empeoramiento de su nivel de salud física, manifestando patologías de tipo artrítico, dolor de espalda, dermatosis, dolor de cabeza, úlceras, entre otros. Consideraron que el deterioro de la salud

física se incrementa durante los seis primeros meses de desocupación; y que, a partir de entonces, se producía un efecto plataforma que mantenía al sujeto en un estado de salud constante (1984, pp. 77-85; 1985: 795-807).

Las diversas investigaciones que existen sobre el tema del demuestran la tendencia que existe en los sujetos a adoptar conductas que disminuyen su calidad de vida, cuando se ven enfrentados a una situación de desempleo o empleo precario. Claussen, al relacionar estas variables, observó las siguientes características comunes: recurso frecuente a los sistemas de salud; consumo de alcohol prevaleciente en desempleados de sexo masculino; presencia de trastornos de tensión arterial; colesterol alto en desempleados de sexo femenino; presencia de dolores musculares y alteración del bienestar psíquico. (1993: 234-240).

En otro sentido, se ha demostrado que al utilizar verbalmente el término "desempleo" o "despido", como forma de amenaza hacia un operario que se halla aún en actividad laboral; o al encontrarse éste repentinamente en situación de desempleo, es posible que se generen trastornos físicos y psíquicos. Ronald y cols., concluyen que el desempleo, además de ocasionar un sentimiento de depresión y ansiedad, puede producir patologías físicas. (1987: 51-59).

4.1. SITUACIÓN LABORAL Y ENFERMEDADES CARDIOVASCULARES

La presencia de una personalidad o un sistema nervioso hiperreactivo, constituye un factor subyacente en el desarrollo de una personalidad ansiosa; y, dado que un sistema nervioso hiperreactivo constituye un factor subyacente en el desarrollo de la cardiopatía, entonces parece que, la ansiedad crónica, sería un determinante del desarrollo de una enfermedad cardiovascular. Sin embargo, la ansiedad, por sí misma, no necesariamente jugará

un rol causal en el desarrollo del trastorno cardíaco, pues éste dependerá de factores asociados. (Frieman y Booth-Kewley, 1987: 539-555).

Aunque los resultados obtenidos por los distintos estudios llevados a cabo, presentan claras evidencias de la relación entre las enfermedades cardiovasculares y las desigualdades socio-económicas, es necesario que se investiguen las relaciones causales que se establecen. Así, por ejemplo, los síntomas de hipertensión aparecen con mayor frecuencia entre sujetos desempleados, prevaleciendo en aquellos que pueblan las áreas urbanas y aumentando progresivamente sus síntomas conforme avanzan en edad. (Ibrahim, 1996: 39-41).

Según Andersen y Haraldsdottir, la situación de bajo nivel de calidad de vida o el bajo estatus social, están altamente relacionados con el riesgo de sufrir enfermedades cardiovasculares. (1993: 309-315).

En la investigación de Cullen y cols., se considera también el alto riesgo de contraer enfermedades cardiovasculares, a que están sometidos aquellos empleados bajo condiciones de trabajo estresantes. (1987: 6-7). Así mismo, se ha demostrado que la inactividad física y un pobre funcionamiento del aparato cardiorrespiratorio, están asociados con un riesgo aumentado para la expresión de enfermedades coronarias, hipertensión y diabetes mellitas. Cuando la situación de desempleo se cronifica, pueden aparecer síntomas ansiosos, relacionados con el funcionamiento cardíológico, así como también con un menor rendimiento general para el desarrollo de las tareas diarias o de las actividades cotidianas. (Weiss, 1997: 2756).

Lakka y cols., analizaron la cantidad de tiempo ociosa dedicada a la actividad física y al deporte, así como los índices máximos de inhalación de oxígeno, en una muestra de 2589 sujetos varones, en edades comprendidas entre los 42 y los 60 años. Indicaron que los sujetos de mayor edad, los que vivían en ciudades, los que vivían solos, los oficinistas, los que presentaban un menor nivel educativo, los que disponían de menores recursos económicos,

los desempleados y los jubilados, dedicaban menos tiempo al deporte y presentaban índices bajos de inhalación de oxígeno. Según los resultados obtenidos, los autores recomiendan que se presente especial atención a las personas de baja posición socio-económica para promocionar su salud en el desarrollo de actividades físicas y deportes. (1996: 86-93).

Mattiasson y cols., por su parte, evaluaron si la amenaza de desempleo afecta o aumenta el riesgo a padecer enfermedades cardiovasculares. En el estudio por ellos realizado, observaron que aquellos que padecían de alteración del sueño, debido a la situación de desempleo, manifestaban un aumento de concentraciones de colesterol, lo que provocaba cambios en la tensión arterial, dando lugar a trastornos cardiovasculares. (1990: 461-466).

En cuanto al recurso a los servicios de salud y asistencia social, Evenson y cols., pudieron apreciar que existe una disparidad en el uso de los servicios de rehabilitación cardíacas en pacientes ambulatorios, presentando una menor proporción entre mujeres, sujetos de tercera edad, sujetos de bajo nivel educativo y desempleados. Los autores hallaron que, cuando el nivel educativo aumenta, se incrementa el uso de los servicios sanitarios de rehabilitación. (1998: 192-198).

Por su parte, Fox, en un estudio realizado en Gran Bretaña, observó que la causa principal de aumento de la mortandad en las mujeres cuyos maridos habían perdido su puesto de trabajo, era por enfermedades del corazón. (1984: 67-82).

4.2. SITUACIÓN LABORAL Y TRASTORNOS PSIQUIÁTRICOS

Existe una amplia bibliografía sobre el tema de las admisiones psiquiátricas de pacientes con trastornos mentales, las cuales coinciden en la observación de que, para el momento de su ingreso, éstos presentaban una situación de desempleo o de desempleo por

largo tiempo. Así mismo, estos pacientes acostumbraban a vivir solos y presentaban, por lo general, una historia de antecedentes psiquiátricos (Mok y Walter, 1995: 415-417).

Hill y cols., pudieron determinar que el más alto número de visitas a consultas médicas psiquiátricas, al momento de realizar su investigación, lo ocupaban sujetos recientemente desempleados. (1996: 79). Kraut y cols., por su parte, apreciaron que hubo un aumento de ingresos hospitalarios de sujetos desempleados, incluso antes de que se hiciese efectivo el despido. Algunas de estas personas ya presentaban antecedentes de tratamientos anteriores, pero en los casos de aquellas que no recibían tratamiento alguno en materia de salud mental, se comprobó que el número de ingresos aumentó después de un período prolongado de inactividad laboral. (2000: 169-177).

En otro sentido, existe una investigación en la que se demuestra que los sujetos que fueron incapacitados para el desarrollo de su trabajo habitual, por causa de enfermedad física, presentaban un estado de salud mental aún más pobre que el de las personas desempleadas. (Van der Horst y cols., 1993: 168-174).

En Austria, se practicó un estudio para analizar los factores de riesgo sobre la salud y su relación con el estado de empleo. La muestra estuvo constituida por 8.747 sujetos (345 desempleados y 8.402 empleados). Los resultados muestran que existen conductas de riesgo a presentar trastornos psiquiátricos más altas en varones desempleados que en varones empleados. En efecto, se comprobó que los varones desempleados efectuaban un número mayor de visitas a los centros hospitalarios por motivos de ansiedad, trastornos del sueño, alteraciones gastrointestinales, pérdida del apetito y enfermedades respiratorias crónicas. Además, además presentaron diferencias significativas en relación con los sujetos empleados, respecto a la posibilidad de cambiar sus hábitos alimenticios y a reducir su peso. (Rasky y cols., 1996: 757-763).

Studnicka y cols., por su parte, plantearon un estudio en el que, al analizar la frecuencia del uso de los servicios sanitarios psiquiátricos, en una muestra compuesta por 172 sujetos, se apreció que, después de un año de desocupación, los desempleados manifestaban un peor estado de salud psicológica que la de aquellos sujetos que habían vuelto a trabajar. (1991: 86-91).

En otro estudio realizado en Singapur, se verificó que los sujetos que disponían de un buen nivel de instrucción y aquellos que recurrían a los servicios de salud psiquiátricos por medio de citas, solían ser más regulares en sus visitas a los profesionales de la salud mental, que los sujetos desempleados. (Lim y cols., 1995: 403-405).

Kent y Yellowlees, estudiaron la relación entre los factores sociales y la frecuencia del uso de servicios psiquiátricos en Australia. Tomando en cuenta las variables de falta de apoyo social, la soledad, el aislamiento y los factores económicos sobre una muestra de 50 desempleados, advirtieron que existían severos problemas sociales asociados a las dificultades de interacción social, problemas de vivienda, dificultades económicas y dificultades para conseguir empleo. Por otra parte, comprobaron que la mayoría de los sujetos evaluados no disponían de una relación personal ni familiar estables y, por ende, carecía de apoyo social para enfrentar sus problemas. (1995: 403-408).

Posteriormente estos autores plantearon la posibilidad de configurar el perfil descriptivo de los usuarios de los servicios psiquiátricos de salud mental australianos. (1995: 1254-1257). Los resultados a los cuales llegaron fueron los siguientes:

- Edad crítica media: 34,9 años.
- Ligero predominio del género femenino.
- La mayoría de los pacientes nunca se había casado.
- Desempleados por largo tiempo.
- Escasos recursos económicos.

- Nivel de instrucción bajo.
- Diagnósticos psiquiátricos más comunes: esquizofrenia, desórdenes esquizo-afectivos y trastornos bipolares.

Estos datos conllevan a pensar en las posibles consecuencias psicopatológicas que puede sufrir una persona como consecuencia de su situación laboral. La relación, aun cuando no es directa, favorece en todo caso a la manifestación de algún desequilibrio mental, en tanto que se trata de una importante y potencial variable generadora de dichos trastornos, dentro de toda una amalgama posible de parámetros.

4.3. DESEMPLEO, HOSTILIDAD Y DELINCUENCIA

Una de las formas en que suele expresarse el estrés es a través de conductas agresivas y hostiles, bien sea contra sí mismo, contra otra persona o contra objetos. Existe una multiplicidad de factores de riesgo relacionados con la manifestación de conductas violentas; y, la situación de desempleo puede resultar ser uno de ellos. En efecto, se ha demostrado también que, en parte, la expresión de violencia se encuentra asociada con el estatus socio-económico del sujeto.

Según Wright y Kariya, la cesación de la función social del trabajo, o el escaso salario percibido, o la baja calidad de vida laboral, asociados, en ocasiones al consumo de sustancias dañinas, son variables que favorecen a la manifestación de conductas violentas. (1997: 269-272). En efecto, el cese involuntario del trabajo y la pérdida de éste, suponen situaciones de frustración para el sujeto que sentía un gran compromiso e implicación con su empleo.

Para Ortega-Monasterio, la frustración implica una reacción contraria al placer frente a un obstáculo que impide la satisfacción de una conducta motivada. Tal conflicto supone una

dinámica de motivaciones contrapuestas (contradicciones internas), que acarrearán un sentimiento de insatisfacción. Por otra parte, una frustración puede ser a la vez conflictiva o estresante, pudiendo provocar conductas agresivas u hostiles. (1993: 78).

Kokko y Pulkkinen, realizan un estudio en el que pudieron descubrir que la agresividad o maltrato aplicado durante la niñez influía directamente en el rendimiento escolar de la persona, el cual se halla directamente relacionado con el desempleo y el desempleo a largo plazo. Los autores detallan igualmente que, por lo general, estos sujetos se hallan desprovistos de alternativas profesionales y presentan problemas de alcoholismo graves. (2000: 463-472).

Por otra parte, Catalano y cols., estudiaron los efectos del despido del lugar de trabajo y su relación con la conducta violenta, planteando dos hipótesis de trabajo: en una, se basaron en el hecho de que los trabajadores que se hallaban desempleados presentaban una probabilidad más alta de expresar conductas violentas; la segunda, establecía que los empleados de una industria presentaban una probabilidad disminuida de presentar conductas violentas. Los resultados a los cuales llegaron establecieron que el riesgo de expresión de conductas violentas de los desempleados era seis veces superior que el de sus colegas empleados. El riesgo de conducta violenta estaba reducido entre aquellos que permanecían empleados. Los autores concluyeron que la pérdida del empleo y el consiguiente deterioro del estatus socio-económico, así como la disminución de la calidad de vida, pueden desencadenar conductas agresivas en una comunidad. (1993: 874-879).

Las relaciones entre desempleo, psicopatología y conducta delictiva, pueden ser estrechas si existen condicionantes favorecedoras para su expresión. Badawi y cols., aconsejan tener en cuenta las siguientes variables a fin de realizar una cierta aproximación que permita predecir la manifestación de conductas de este tipo, las cuales se hallan presentes tanto en el ámbito familiar, como laboral y social. (1999: 81-98). Estas variables son:

- Datos sociodemográficos: edad, sexo, nivel académico, estado civil, empleo, origen étnico.
- Datos sobre la vida familiar: tamaño de la casa, número de hijos, nivel de ingresos económicos, número de veces en que se han tenido que mudar de hogar.
- Variables sociales: el apoyo social recibido y la red social de la cual lo recibe, uso de armas, uso de un apodo, antecedentes delictivos, antecedentes psiquiátricos, vagabundeo.
- Chequeo del estado de salud general: antecedentes patológicos o enfermedades, el tipo de acceso a los servicios de salud, saber si disfruta de un seguro médico público o privado, si es beneficiario de una pensión de invalidez.
- La observación del entrevistador o del profesional de la salud mental.
- Variables psicopatológicas: trastornos mentales, conductas ansiolíticas, consumo y abuso de sustancias adictivas.

El autor Kepecs-Schlussel, por su parte, estudió las relaciones existentes entre el nivel intelectual, la intencionalidad criminológica y el hecho delictivo. Pudo apreciar que la mayoría de los agresores no finalizaban los estudios académicos secundarios y se hallaban desempleados en el momento del crimen. (1995: 3453).

Farrington y Lamber, al examinar los archivos policiales de 345 procesados por robo y 310 por hechos violentos, de una población de Inglaterra, determinaron que entre los procesados por robo se encontraban desempleados y que, sus actos delictivos se encontraban orientados a la consecución de bienes materiales; mientras que, los agresores violentos exhibieron sus comportamientos delictivos bajo la influencia de alcohol y guiados por la cólera, el enojo o la provocación. (1994: 107-116).

La expresión de hostilidad como fenómeno social y delictivo también fue objeto de estudio para Ullman, quien determinó las diferencias en la manifestación de conductas hostiles y las agresiones de violación producidas en Chicago, tanto a nivel de grupo de agresores como a nivel individual. Sus análisis mostraron que los casos de violación consumados por un grupo común de agresores, eran perpetrados por jóvenes con alta probabilidad de estar desempleados, en comparación con aquellos que consumaban agresiones de forma individual. Las violaciones se caracterizaban por el hecho de haber sido consumadas por agresores que se hallaban bajo los efectos del alcohol y de drogas. Igualmente, comprobó que las agresiones tenían lugar, por lo general, durante la noche. Las lesiones sexuales perpetradas por un grupo de agresores eran más severas que las producidas por un único agresor. (1999: 123-133).

Mullen y cols., estudiaron 145 acosadores-perseguidores de un centro de psiquiatría forense, para evaluar sus conductas, motivaciones y psicopatologías. La mayoría de éstos resultaron ser hombres (114 sujetos, lo cual representaba un 79% de la muestra). Muchos de ellos se encontraban desempleados (56 sujetos, es decir, un 39% de la muestra) y nunca habían tenido una relación de pareja estable (75 sujetos, es decir, un 52% de la muestra). También se observó que la mayoría vivían solos y eran socialmente incompetentes, con ausencia o bajo nivel de habilidades sociales para las relaciones interpersonales, presentando trastornos de personalidad y gran capacidad para asustar y apenar a sus víctimas. (1999: 1244-1249).

Pese a esto, Fox considera que la relación causa-efecto entre desempleo y conducta delictiva aún no se ha establecido. (1998: 36).

4.4. DESEMPLEO Y SUICIDIO

El desempleo supone una variable importante en la consumación del acto suicida o del intento del mismo. La vivencia psicológica y la experiencia negativa de la situación de inactividad laboral, aunada a otros tipos de variables sociales y personales, pueden influir o incrementar el riesgo de este tipo de conductas.

En el estudio presentado por Iversen y cols., se verificó que existía una relación positiva entre el incremento en el índice de mortalidad entre los desempleados debido a suicidios. Este exceso es interpretado como una consecuencia del estado de salud relativo, cuyo deterioro aumenta debido a la conexión tan estrecha que existe entre estrés psicosocial y desempleo. (1987: 45-67).

Las asociaciones entre el desempleo y sus consecuencias en la realidad personal del sujeto pueden ser varias. No obstante, los resultados de diferentes tipos de estudio sobre el tema, sugieren que la exposición al desempleo puede asociarse con un riesgo aumentado de presencia de pensamientos suicidas. (Fergusson, y cols., 2001: 305-320).

El riesgo de suicidio debido a la inactividad laboral puede ser muy alto en función de las variables situacionales que envuelven el hecho circunstancial del sujeto, así como de los procesos psicológicos que éste aplica para interpretar la realidad. Estudios realizados a partir de grandes muestras, revelan índices globales más altos de mortandad por causa de enfermedades cardiovasculares y de suicidios, tanto en hombres como mujeres, debido a su situación de desempleo, en comparación con sujetos empleados y con el resto de la población en general. (Jin y cols., 1995: 529-540).

El desempleo puede ser causa de suicidio en sujetos cuya vulnerabilidad personal sea propensa para ello. Los índices de mortandad, tanto en las personas desempleadas como en sus familiares, es comparativamente más alto que los del resto de la población. (Buffat, 2000:

379-383). La mayoría de los estudios que tratan el tema, informa que existe una asociación positiva entre las tasas de desempleo nacional y los índices globales de mortalidad, debido a enfermedades cardiovasculares y casos de suicidio. (Jin y cols., 1995: 529-540). Así mismo, el riesgo se presenta en el caso de los pacientes alcohólicos, aunque aquí se asocia con un mayor nivel de consumo de la sustancia y no con la situación de desempleo propiamente dicha. (Finney y Moos, 1992: 142-153).

En sus estudios, Fox confirma la relación entre desempleo y mortandad, considerando que los suicidios, los accidentes y las enfermedades respiratorias, son los principales factores responsables de los aumentos en los índices de mortalidad registrados en la población de trabajadores desempleados. (1984: 72).

Para Morrell, Taylor y Kerr, existe una estrecha relación entre el desempleo en jóvenes y el suicidio de éstos. Pueden existir variables o conjuntos de variables que pueden favorecer a la precipitación del suicidio: familia desestructurada, falta de apoyo social, pérdida de estatus social reconocido o atribuido, ingesta y abuso de sustancias tóxicas, entre otros. (1998: 236-240).

Stefansson, considera que el empleo facilita en el hombre el reconocimiento de identidad social y psicológica. En la mujer existen fenómenos más compensatorios (ayuda económica en el hogar). Observa que los varones jóvenes de mediana edad y desempleados de larga duración presentaban un riesgo de mortalidad cuatro veces superior que el resto de sujetos. Esta situación puede deberse a trastornos mentales previos y a la alta tensión psicosocial producida por una situación de desempleo prolongada en el tiempo. (1991: 419-423).

4.5. CONSIDERACIONES FINALES

Se ha demostrado que las condiciones bajo las cuales se desarrolla una actividad laboral, así como la amenaza de desocupación y la situación de desempleo propiamente dicha, pueden generar una serie de patologías en el individuo. La tendencia consiste en que los sujetos tienden a adoptar conductas que disminuyen su calidad de vida, cuando se ven enfrentados a una situación de desempleo o de empleo precario.

Diversos estudios demuestran una clara relación entre el desarrollo de enfermedades cardiovasculares y desigualdades socioeconómicas; aunque aclaran que es necesario investigar las relaciones causales que podrían dar origen a dichas enfermedades. Igualmente, se demuestra un menor rendimiento de la persona para la ejecución de sus tareas o actividades diarias, presentan alteración del sueño

En cuanto al deterioro de la salud mental, se ha verificado que, en cuanto al uso de los servicios psiquiátricos de salud, los pacientes desempleados tienden a ser más recurrentes, sobre todo si la situación de desempleo se ha prolongado durante largo tiempo. Sin embargo, en cuanto a la constancia en el tratamiento, se observa que las variables como el nivel de instrucción, el nivel socioeconómico y el apoyo social recibido, influyen de manera importante en el deterioro o mejora de estos pacientes. Por otra parte, se observa una mejoría en el estado de salud psíquico de aquellos pacientes que han sido reinsertados en el mercado de trabajo.

Cabe destacar también que la situación de desempleo, sumada al deterioro del nivel socioeconómico y al consumo de sustancias dañinas, constituyen variables que favorecen a la manifestación de conductas violentas, debido al sentimiento de frustración que sufre el sujeto. En sentido inverso, el sometimiento del sujeto a conductas violentas durante la niñez o la

adolescencia, implica una variable potencial directamente relacionada con el desempleo. Esta situación podría encontrarse ligada también al desarrollo de conductas delictivas.

Es posible sugerir también que la situación de desempleo puede asociarse con un riesgo aumentado de presencia de pensamientos suicidas, sobre todo en aquellos sujetos de alta vulnerabilidad y baja autoestima.

En todo caso, podemos adelantar, a través de las conclusiones a las que han llegado los estudios mencionados, que es posible determinar las poblaciones de riesgo y aplicar los paliativos necesarios para evitar que los efectos causados por el desempleo y el empleo precario se agraven, ya que, como se ha dicho, los mismos repercuten no sólo sobre el individuo sino además sobre su grupo familiar, creando una cadena de problemas sociales que se encuentran confundidos dentro de una masa de la que se destacan el nivel socioeconómico y la calidad de vida.